

## LAS “MARAS” SALVADOREÑAS COMO PROBLEMA DE INVESTIGACIÓN PARA LAS CIENCIAS SOCIALES

Mario Zúñiga Nuñez

### Resumen

Este artículo aborda el caso de organizaciones juveniles conocidas como “maras” en El Salvador. Su propósito es mostrar estos grupos de jóvenes como problema de investigación para las ciencias sociales, para ello; realiza una breve reseña histórica del fenómeno y muestra una revisión de literatura científica en tres dimensiones donde se manifiestan estos colectivos: 1) lo nacional, 2) lo comunitario- familiar y 3) el cuerpo de los y las mareros. Esta revisión, se ha guiado a partir de algunos conceptos emanados del debate de las ciencias sociales contemporáneas tales como: *proceso de institucionalización, violencia estructural y simbólica*.

Palabras claves: Maras salvadoreñas, jóvenes, institucionalización, violencia, pandillas.

### Abstract

This article approaches the case of youthful organizations known like “maras” in El Salvador. Its intention is to show these groups of young people like problem of investigation for social sciences, for it; it makes a brief historical review of the phenomenon and shows a revision of scientific literature in three dimensions where these groups are pronounced: 1) the national, 2) communitarian and familiar; and 3) body of mareros. This revision has been guided from some concepts of the debate of contemporary social sciences such as: *process of institutionalization, structural and symbolic violence*.

Key Words: Salvadorian Maras, youth people, institutionalization, violence, gangs.

## 1. Introducción

Las organizaciones juveniles denominadas “maras” que se han desarrollado en el norte de Centroamérica y Chiapas representan un reto analítico urgente para las ciencias sociales de la región, en la medida en que reflejan una forma de organización social compleja y de consecuencias fatales para la vida humana de quienes militan y rodean estas agrupaciones.

Acostumbrados a visualizarlos desde la penalización que impone la imagen que crean los medios de comunicación (la imagen del “antisocial”), no recurrimos a observar la constitución social de estos grupos. Los imaginamos como algo que está “fuera” de la sociedad: un monstruo que se explica algunas veces como “enfermedad” y otras como “cáncer”. La apuesta de este texto va ser diferente, intentaré entender las pandillas como parte del entramado social en el que se desenvuelven tomando como caso de estudio El Salvador, uno de los países centroamericanos donde este problema es patente.

El artículo se divide en tres apartados, el primero, se dedica a explicar a las pandillas juveniles como una constante en las formas de organización en nuestras sociedades, y hace una breve referencia a la constitución de las pandillas contemporáneas en Centroamérica. El segundo apartado, es una explicación del problema de las pandillas en El Salvador, abordado desde tres niveles que interactúan en un diagrama: “lo nacional”, “lo comunitario- familiar” y “el cuerpo” de las/os mareros. Allí se visualizarán los elementos que constituyen estos colectivos tanto las idealizaciones que se hacen de ellos (monstruos antisociales), como sus condiciones concretas de vida (pobreza, exclusión social, hacinamiento, etc). En el apartado de conclusiones se sintetizan algunas de las reflexiones que se intentaron fijar durante el trabajo.

## 2. Pandillas juveniles en Centroamérica: algunos antecedentes socio-históricos

Al menos durante el siglo XX las pandillas juveniles son una constante en las periferias marginales urbanas del mundo occidental y occidentalizado. Estudios clásicos de la sociología como “La sociedad de las esquinas” de Whyte (1971 [1943]), inducen a pensar que hay una cierta tendencia histórica, entre jóvenes de estratos populares urbanos, a agruparse según afinidades y disputar territorio (físico y simbólico) con otros jóvenes y con las autoridades. Veámoslo con ejemplos de la literatura.

El escritor y militante costarricense Carlos Luis Fallas publicó sus memorias de infancia en 1952 en un libro llamado *Marcos Ramírez*. La novela es una asombrosa exploración del San José de principio de siglo XX, visto a través de los ojos de un niño pobre, migrado de lo rural y con una escolarización deficiente. Estos ojos marginales, periféricos en todo el sentido de la palabra, nos remiten a la constitución de la masculinidad que transitaba de la niñez a la adolescencia en medio de la educación estrictamente patriarcal y violenta de su tío y de la absoluta pasividad de su madre. En el relato, aparecen por todas partes las pandillas juveniles, como unidades de sentido que le otorgan al niño su razón de ser masculina, y que observan cuidadosamente la tradición de “hombres fuertes” que han seguido sus familiares a través del tiempo.

Las anotaciones de Carlos Luis Fallas sobre la vivencia de la masculinidad y su ligamen en edades tempranas no son en absoluto una novedad literaria. Ya a principio de siglo XX se podía contar con los relatos de Mark Twain acerca del niño norteamericano sureño llamado *Tom Sawyer*, que agrupaba a varios niños a su alrededor para pelear con pandillas de otros pueblos y cometer fechorías.

Ahora bien, la ficcionalización de estas etapas vitales está cruzada por idealizaciones y esencialismos que los artistas imprimen en sus obras. Fue tal vez a mediados de siglo XX cuando se comenzaron a ver otro tipo de interpretaciones como las de William Goldwing (1983 [1954]) en *El señor de las Moscas*. El autor retrató este tipo de formaciones como constitutivas de una lógica patriarcal, y describió de forma cruda la reproducción de los patrones de humillación del más débil y constitución del poder a través de la violencia<sup>1</sup>. Posteriormente *La Naranja Mecánica* (novela de Anthony Burgess de 1962 llevada al cine por Stanley Kubrick en 1971) popularizaría esta interpretación desidealizada.

Como vemos, la conformación de las pandillas es característica de nuestras sociedades, no es raro encontrar muchachos en las esquinas, reunidos alrededor de rituales patriarcales y que reafimen su identidad a través de la violencia. Ahora bien ¿porqué las pandillas latinoamericanas actuales causan tanto revuelo? ¿Qué las diferencia de las pandillas anteriores y porqué son tan peligrosas?

En el contexto de inicios del siglo XXI, marcado por las políticas de liberalización comercial, el aumento de la desigualdad y la violencia; América Latina ha sido testigo de un crecimiento de las pandillas, que han acentuado los mecanismos de violencia y los han hecho evidentes de forma especialmente macabra (Portes y Hoffman, 2003; Rodgers, 2003; Salazar, 1998, 2002a). La radicalización de las pandillas ha sido respondida con políticas de penalización e individualización excesiva, llevadas a cabo por sectores neoliberales (Wacquant, 2006). Este aumento de la violencia en las pandillas en América Latina va de la mano con un mayor nivel de institucionalización de las mismas. Aparecen entonces las “maras” centroamericanas o las “naciones” en los países andinos, que son formaciones que tienen como base la pandilla, pero que han crecido tanto en cuantitativa (número de integrantes) como cualitativamente (formas de ejercicio del poder y el control) (Andrade, 2005: 91; Reguillo, 2005: 79; Reguillo, 1999: 33).

El caso específico de las pandillas que se han formado en El Salvador no puede entenderse separado de las agrupaciones de Estados Unidos, Honduras, Guatemala y Chiapas, con quienes comparten estrechos lazos simbólicos y organizativos. Esto se evidencia especialmente en la utilización de un nombre común para las dos pandillas más importantes en estos países: la Mara Salvatrucha y el Barrio 18 st. Estas dos agrupaciones, formadas originalmente por jóvenes centroamericanos o hijos de centroamericanos que vivían en Los Ángeles, Estados Unidos; fueron importadas a Centroamérica por medio de la política de deportación surgida en el país del norte, que castiga especialmente el crimen menor y la falta de documentos. Habiendo llegado a Centroamérica, estos jóvenes reprodujeron sus pautas de organización cultural y articularon progresivamente gran cantidad de pandillas que antes funcionaban de forma autónoma (Cruz, 2005: 1157; Santacruz, 2005: 1191). La hegemonía simbólica de las organizaciones estadounidenses se deja ver en la estética chicana que predomina en las representaciones de estos colectivos.

Estos grupos sociales están constituidos principalmente por hombres (en su mayoría y algunas mujeres) jóvenes de sectores populares, que se agrupan en unidades barriales (clikas), desde donde controlan una parte específica de territorio. Este control se emplea muchas veces para cometer crímenes contra la propiedad (robos) o contra las personas (violaciones o asesinatos). Sin embargo el ámbito de acción de las maras no se circunscribe únicamente a los barrios sino a toda la ciudad. Los grupos

se caracterizan por tener un antagonismo y disputas (simbólicas y físicas) de territorio tanto con la policía como con los miembros de pandilla contraria. Los códigos de relacionamiento entre pandillas son dicotómicos y absolutos (pertenecer a una pandilla contraria, es motivo suficiente para ser asesinado) (Cruz, 2005: 1155-1158; Savenije, 2006: 208).

El crecimiento de las maras es muy difícil de medir en términos cuantitativos, pero los estudios realizados hasta el momento coinciden en que se agrupan en ellas varios miles de jóvenes (Cruz y Santa Cruz, 2001). Sin embargo, al parecer el fenómeno es mucho más relevante por el impacto cualitativo que tiene. Las maras, se han tornado una expresión de organización social juvenil que ha impactado de forma contundente en la cultura e institucionalidad centroamericana. Son tema de referencia y alarma en la mayoría de medios de comunicación, generando lo que la escuela de Birmingham llamó “pánico moral” (Marroquín, 2007; Hall, 2000); y al mismo tiempo, son primer lugar de la agenda en las reuniones de jefes de estado y ministros de defensa, al ser calificadas como “terroristas” o “amenazas a la seguridad nacional” (Salazar, 2007).

Todo ello hace sospechar que las maras salvadoreñas, en tanto fenómeno social, develan los fantasmas de una institucionalidad centroamericana, imposibilitada de generar cohesión entre su población. Son expresión de una marginalidad histórica, pero además, manifiestan de forma fenoménica las exclusiones sociales que padecen las personas jóvenes de nuestra región.

### **3. Las pandillas salvadoreñas desde lo nacional, lo comunitario y lo corporal**

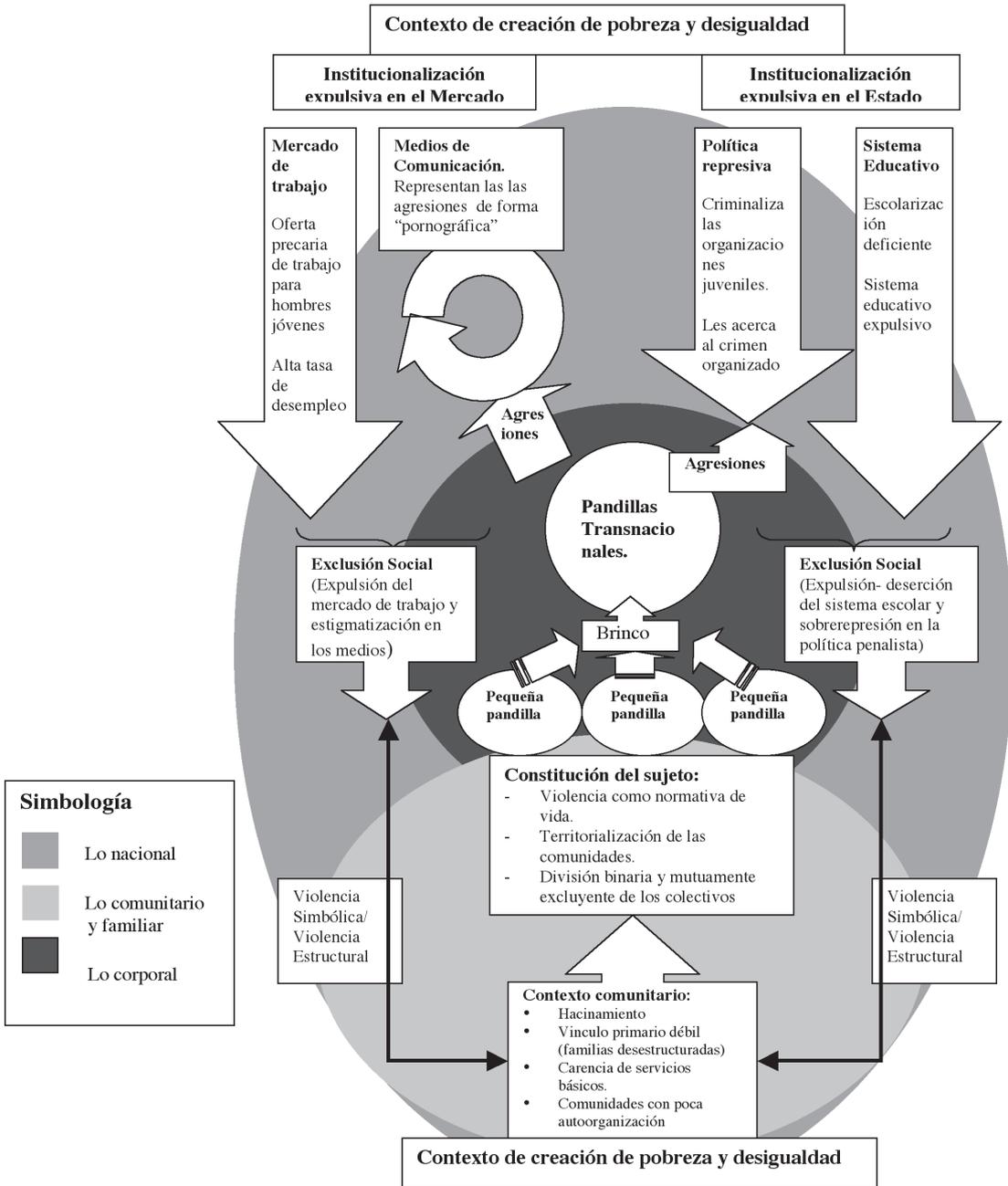
Varios estudios (Carranza, 2005; Santacruz, 2005; Savenije, 2006; Cruz, 2004; 2005; Cruz, Santacruz y Carranza, 2004) dan cuenta de gran cantidad de factores sociales que posibilitan un contexto en el cual las personas practiquen su juventud agrupándose en pandillas juveniles. Quisiera observar estas manifestaciones en tres ámbitos: nacional, comunitario-familiar y corporal. Los tres están agrupados en un diagrama que tiene como centro la vivencia corporal de las personas que se forman en maras y que se extiende para abarcar los factores comunitarios-familiares y nacionales de este fenómeno (ver diagrama No 3).

Como marco general de este diagrama, podemos decir que las actividades que describiremos se encuentran enmarcadas en un contexto de creación de pobreza y desigualdad, del cual se deben resaltar algunos datos.

En El Salvador el grupo de edad de los 0 a los 17 años era para 2003 el que concentraba 51,6% de la pobreza total del país (Santacruz, 2005: 1082). Tomando en cuenta que la adolescencia es el periodo donde las personas se unen a las maras y que estas se gestan en barrios populares, podemos decir que la precariedad económica es uno de los datos que hay que tomar en cuenta para entender este fenómeno. Agregando a este dato el de la desigualdad, tenemos que el índice de gini marca un descenso desde 1995 a 2004 (de 0,507 a 0,493), sin embargo este descenso en desigualdad no evita que para 2004, el decil más rico de la población ganara 36,7 veces más que el decil más pobre (CEPAL, 2006: 77)<sup>2</sup>.

Pasemos entonces a los tres ámbitos donde se manifiesta el fenómeno de las maras.

Diagrama 1  
DINÁMICA QUE PRODUCE Y REPRODUCE EL FENÓMENO DE LAS PANDILLAS EN LO NACIONAL, LO COMUNITARIO-FAMILIAR Y LO CORPORAL



## Lo nacional: institucionalización en lo público y lo privado

Para mirar el fenómeno de las pandillas desde el ámbito nacional conviene echar mano del concepto de *institucionalización*<sup>3</sup>. Dado que lo que se evidencia de forma mayoritaria en este contexto es un proceso de *expulsión* de las personas jóvenes tanto de la institucionalidad pública como de la privada. En El Salvador, los estudios y datos que dan cuenta sobre las instituciones nacionales, no *contienen* a los sujetos, es decir, se da un proceso de institucionalización expulsivo de ciertas poblaciones.

El fenómeno de la *expulsión institucionalizada*<sup>4</sup> a nivel nacional, puede verse en dos instituciones: el del mercado y la del estado. La del mercado puede ser descrita por medio del *mercado de trabajo* y los *medios de comunicación*; mientras que la del estado puede ser entendida mediante la *política represiva* y el *sistema educativo*.

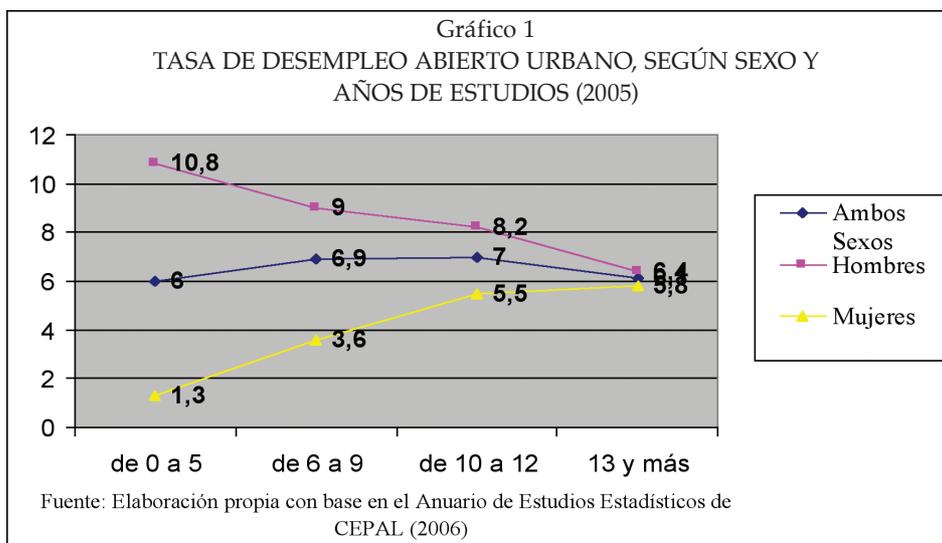
### 3.1.a Expulsión institucionalizada en el mercado (mercado de trabajo y medios de comunicación)

Para comenzar tenemos que decir que la economía salvadoreña ha sido progresivamente “tercerizada”, siguiendo la lógica de de los sistemas de desregulación impuestos por los programas de ajuste estructural (Carranza, 2004: 22)<sup>5</sup>. En esta dinámica económica, el desempleo general en cifras oficiales oscila entre un 6% y un 7%. Sin embargo cuando se visibiliza el desempleo juvenil, este aumenta a un 11, 4% de la población (CEPAL, 2006: 56). El caso en las áreas urbanas (donde se concentra el fenómeno de las maras) se agrava dado que “...llegan a tener tasas de desocupación abierta que incluso duplican la tasa nacional” (Santacruz, 2005: 1095).

Por otra parte, los hombres jóvenes<sup>6</sup> que consiguen trabajo entre los 15 y 19 años se agrupan mayoritariamente como cuentapropistas y asalariados temporales (42,3%), mientras que en el sector entre 20 y 24 años estas dos categorías igualan prácticamente (44, 3%) a la de “asalariados permanentes” (44,2%) (Carranza, 2005: 1114).

Cuando se examina el problema del desempleo abierto urbano y se le cruza con el nivel de escolarización surgen datos muy explicativos (ver gráfico No 1). Mientras que la tasa de desempleo es menor para las mujeres con nivel educativo más bajo (1,3), la tendencia se revierte por completo para los hombres con estos mismos niveles de escolarización (10,8). La brecha se comienza a cerrar a medida que la escolarización crece. Por lo que son los hombres de sectores menos escolarizados los más afectados por el fenómeno del desempleo.

Todo ello quiere decir que el panorama del desempleo entre las personas jóvenes salvadoreñas, se agrava especialmente para los hombres jóvenes de menor escolaridad, para quienes la cifra de desempleo aumenta de forma significativa. Pero para quienes consiguen ese empleo, el panorama tampoco es demasiado alentador, siendo que la mayoría de ellos se agrupan en las categorías de “cuenta propistas” o “trabajadores temporales”. Lo que quiere decir que aún consiguiendo empleo, este puede no ser seguro, ni fijo, ni estar controlado por ningún tipo de garantía social. Lo cual supone que la medida del subempleo o autoempleo es alta, junto con las de desempleo.



En medio de esta institucionalidad privada se encuentra también el caso de los medios de comunicación, quienes han sido estudiados por autores como Ramos (1998) y Marroquín (2007)<sup>7</sup>. Según los autores la imagen social que construyen los medios de comunicación hegemónicos, contribuye a agravar las formas de violencia que se ejercen en estos colectivos.

En términos generales los medios de comunicación toman los “hechos violentos” o “hechos de sangre”, de los cuales son protagonistas las pandillas, y a través de ellos, generan un imaginario en la población, en el cual estos colectivos humanos son representantes de “El Mal” como criterio absoluto.

Para realizar esta operación los medios recurren a un elemento específico que crean las pandillas: la agresión<sup>8</sup> (que hemos representado en nuestro diagrama con una flecha que sale de las maras hacia los medios). Esta tendencia en la comunicación, mezclada con las características de espectacularidad que se documentan en estos colectivos, como por ejemplo exhumar cuerpos y violentarlos públicamente (Falla, 2001: 1) o realizar rituales de paso con una violencia exacerbada (Cruz, 2005: 1175); hace que el único elemento visibilizado por los medios de comunicación sea el que exhibe a los pandilleros como victimarios.

Estos hechos, ya de por sí escalofriantes o preocupantes, son proyectados por los medios concentrándose únicamente en los “detalles sensacionalistas de sangre, agresión y puñaladas”, e invisibilizando las causas estructurales que crean este tipo de agresiones.<sup>9</sup> El resultado es la proyección de un monstruo, sede del mal absoluto, al cual hay que perseguir. Como proyección monstruosa esta es una imagen abstracta que se impone sobre el cuerpo de las personas jóvenes, que practican su juventud como mareros. La proyección de este monstruo en los medios es la principal justificación de la violencia exacerbada contra estos colectivos.<sup>10</sup>

Nace entonces una relación íntima entre maras y medios, las primeras proveen el material de primera plana, los segundos les refuerzan su *ethos* agresivo y violento por medio de representaciones que evocan el mal absoluto.

### 3.1.b Expulsión institucionalizada en el estado (sistema educativo y políticas represivas)

En cuando a los fenómenos propios de la exclusión social que se gesta institucionalidad pública tenemos el caso del sistema educativo y de las políticas de represión y penalización.

Los datos del sistema educativo en El Salvador son reveladores respecto de la realidad de las personas jóvenes. La situación de presupuesto educativo para el área de secundaria es precario en contraste con la educación primaria, y otros rubros de gasto (es apenas un 6,6%, mientras que otras carteras concentran más del 50%) (Carranza, 2004: 19). Esta tendencia se refleja definitivamente en la permanencia de las personas jóvenes en las aulas, los datos dan cuenta que entre los 10 y los 13 años el porcentaje de asistencia a la escuela es de 93,3%, pero a partir de la edad de 16 años, esta tendencia se desploma a un 57,4% de asistencia y tiende a la baja con forme pasan los años<sup>11</sup>. Los jóvenes en edad de secundaria abandonan masivamente las aulas y con ello se son expulsados del proceso de institucionalización escolar. Las razones que aducen para este abandono fueron indagadas por la Encuesta de Hogares de 2004. Un 24,2% de los jóvenes afirma que abandonó los estudios por tener que trabajar, un 23,1 que “el estudio es muy caro” y no tienen recursos económicos para pagar, y el 20,5 % que no quiere o no le interesa estudiar<sup>12</sup>. Estas tres categorías abarcan casi el 70% de la muestra y evidencian en su mayoría (casi un 50% de los casos) un contexto de carencia económica en el cual la posibilidad de estudiar es obstruida por la necesidad (Santacruz, 2005: 1084-1085).

Lo paradójico de este dato es que, cruzándolo con el de empleo podríamos afirmar que mientras que la carencia lleva a las personas jóvenes a abandonar las aulas, fuera de ellas les espera un mercado laboral plagado de desempleo, subempleo y autoempleo. De manera que una *expulsión* se complementa con la otra, quedando estos sujetos a la deriva.

Por su parte, la atención prioritaria que el estado salvadoreño ha dado para resolver la problemática de las maras es principalmente represiva y se ha enfocado como una “política de seguridad”. Las maras han resucitado la retórica acerca del “enemigo interno” y han dado pie a planes que utilizan la lógica manejada durante los años de la guerra civil (Salazar, 2007: 14; Savenije, 2004; 2006).

De los países más afectados por el fenómeno (Guatemala, El Salvador y Honduras), son estos dos últimos los que han reaccionado de forma más represiva. En los dos casos ha habido una acción expresada en dos frentes, uno en la reforma de estatutos penales (Leyes Antimaras) y otro que se expresa en avanzadas policiales contra las maras (“Operación Libertad” y “Plan Mano Dura”). Fue para el año 2003 que los dos países comenzaron una aplicación de la política penalista a mansalva, no sin el reclamo y la oposición de muchos sectores de la sociedad civil, que en gran medida posibilitaron algunas transformaciones en los documentos originales. En El Salvador incluso los jueces se negaron a aplicar las normativas de las leyes “antimaras”, por considerarlas inconstitucionales (Savenije, 2006: 218- 219).

Como con los medios de comunicación, las pandillas encuentran una interlocución que les devuelve su rostro monstruoso, que no las entiende integralmente sino

únicamente en tanto las agresiones que cometen. El gran problema social detrás de esto, es que el único rostro que estos grupos pueden ver del estado salvadoreño, es el rostro represivo, que se ofrece como única alternativa para la responder al fenómeno social de las maras.

Pero habría que agregar que toda esta inversión de dinero en política represiva, no se coteja en un aumento de la seguridad en las comunidades. El estudio de DEMOSCOPIA S.A. (2007, 88-90) afirma que la mayoría de los pobladores de las comunidades estudiadas siente poca o ninguna satisfacción por el trabajo de la policía en su comunidad, así mismo, el estudio documenta que las comunidades, lejos de percibir una confrontación entre policías y “mareras/os”, detectan vínculos importantes de colaboración entre ellos: como provisión de armas o fijación de montos para cobro de “impuestos”<sup>13</sup>.

Visto en perspectiva el caso no es aislado. Wacquant (2006: 21 y ss) ha documentado la extensión mundial de esta perspectiva de política represiva (radicalmente individualista, penalista y moralista) a través de la promoción de la política de “cero tolerancia” que se ha exportado al mundo desde Nueva York por medio del alcalde republicano Roudolph Giuliani y su jefe de policía William Bratton. La investigación de Wacquant, reseña críticamente iniciativas como las “leyes antimaras”, de aplicación en toda América Latina y Europa, por influencia de esta fuerza política. La iniciativa se basa en la penalización de las poblaciones expulsadas culpándolas a ellas y desresponsabilizando a la sociedad de su condición. Acá la institucionalización se torna carcelaria. Lo que en un primer momento asume el rostro de la expulsión se complementa con la penalización.

Al parecer no es una solución en absoluto efectiva, pero la retórica guerrillerista logra atraer votos. Según Wacquant los políticos que proponen estas soluciones tienen la vista puesta en el cálculo electoral, más que en la solución real de los problemas.

## Lo comunitario y familiar: pobreza y vínculos comunitarios

Una investigación realizada en cinco comunidades marginales salvadoreñas (Savenije y Andrade-Eekhoff, 2003), revela un dato cualitativo que explica de forma prístina la interacción entre las dinámicas de *institucionalización expulsiva* nacional y los contextos comunitarios urbano marginales.

Los autores, transcriben el relato de un dirigente de una de las comunidades que había decidido poner portones a la entrada de la colonia para evitar la entrada de personas adictas al crack durante la noche (Savenije y Andrade-Eekhoff, 2003: 109). A partir de esta decisión comunitaria se gestó un conflicto con los agentes de policía encargados de esta zona que culminó con la prohibición que utilizar portones a la entrada de la colonia. El dirigente comunal afirma que la prohibición de poner portones a la entrada de la comunidad fue justificada por la policía quienes dijeron que:

*“... esta era una **comunidad**. No era **una residencial** y para eso tenía que contar la comunidad con un permiso de ellos [de la policía]. Porque ellos como autoridad podían entrar y salir a la hora que ellos quisieran. Ese permiso tendría que irlo a ver si la directiva lo aprobaba. Pero como*

*que no se lo aprobaron porque **no era residencial, sino que una comunidad cualquiera, y que no podemos tener los portones privados**" (Miembro de la junta directiva)  
 "... La policía dijo que aquí **no era privado**, que no se podía cerrar porque uno le daba acceso al maleante" (Miembro de la junta directiva)<sup>14</sup>*

El dato excede la anécdota, en la medida que da cuenta de interacciones problemáticas que existen a lo interno de las comunidades urbano- marginales, donde se concentran las maras, pero además pone de manifiesto los dos grandes procesos de *institucionalización expulsiva* que se proyectan desde lo nacional. Hemos puesto dos conceptos en el diagrama que ayudan a entender esta interacción: *violencia estructural* y *violencia simbólica*. El primero de ellos "... supone un ordenamiento de la desigualdad opresiva, mediante una legislación que ampara los mecanismos de distribución social de la riqueza y establece una fuerza coactiva para hacerlos respetar."(Martín-Baró, 1990: 406). El segundo hace referencia al nivel *simbólico* de la violencia se genera desde la oficialidad de los esquemas cognitivos que "... por unas condiciones semejantes, y por tanto, objetivamente acordados, funcionan como matrices de las percepciones... trascendentales históricas que [...pretenden ser impuestos como...] universalmente compartidos" (Bourdieu, 2005: 49).

En el contexto comunitario de las maras, se evidencia una interacción con lo nacional que pasa por naturalizar las estructuras de institucionalización pública y privilegiar la institucionalidad privada. En de la comunidad estudiada por Savenije y Andrade-Eekhoff, resalta la percepción de que la policía prohíbe el portón haciendo una diferencia categorial entre un *residencial* (privado sin posibilidad de control público) y una *comunidad cualquiera* (pública y sede de maleantes que deben ser controlados). Las palabras utilizadas por el miembro de la junta directiva dan cuenta de violencia estructural y violencia simbólica en las comunidades, donde prevalece un sistema de organización social que privilegia la interacción privada (ser habitante de un residencial), por sobre la condición pública del habitante (comunidad cualquiera). Lo estructural (evidente en la segregación urbana) pasa a ser simbólico en la medida que está relatado como un esquema de percepción incorporado a la lógica cotidiana.

Visto así, la violencia se convierte en una forma de mediación entre lo nacional, lo comunitario- familiar y lo corporal, que se refleja directamente en las vidas de quienes integran las maras.

Esto se expresa en un contexto comunitario signado por la carencia. Un estudio que cruza el tema de "capital social" y pandillas, logró determinar que:

*"En la medida en que dentro de una comunidad, los hogares tengan ingresos bajos [...], las personas sientan muy poca confianzas en los demás [...] el asentamiento cuente con cantinas, bares y lugares similares, exista una percepción generalizada del entorno violento y criminal, y la alcaldía no genere mucha credibilidad, en esa medida en la comunidad hay más probabilidades de que aparezca el fenómeno de las pandillas" (Cruz, 2004: 315).*

La serie de características no está enunciada como una "receta", sino que describe las comunidades centroamericanas que han visto surgir pandillas. Ellas en su mayoría sufren en el cotidiano las problemáticas que se gestan en el entorno nacional y las reproducen en sus vidas particulares.

Los dos estudios citados y otro de reciente aparición (DEMOSCOPIA S.A, 2007), han determinado que el entorno comunitario en el cual surgen las pandillas, tiene aparejado un tipo de relación social, donde priva la desconfianza, el miedo y la frustración. Elementos que se tornan característicos de las comunidades que viven la exclusión social, con altos índices de hacinamiento y un escenario público plagado de espacios que reproducen los vínculos de miedo y desconfianza.

Las comunidades se tornan en lugares propicios para la generación de vínculos que contribuyen a reproducir el fenómeno de la violencia, adscribiéndose a las redes de narcotráfico o multiplicando la desconfianza entre las poblaciones<sup>15</sup>.

Internándose más en esta dinámica social, encontramos las problemáticas familiares con las que interactúan los mareros. Según el trabajo de Cruz (2005: 1173), las familias que albergan en su seno integrantes de pandillas, tienen una tendencia expulsiva de los hijos e hijas. Los padres y madres de estas familias, por distintas circunstancias, no saben responder a las preguntas ¿qué hacen sus hijos? ¿dónde están sus hijos?, etc. Pero además son familias en las cuales el aleccionamiento físico y la violencia verbal es moneda de uso común. Este tipo de castigo se concentra en las personas más jóvenes y se naturaliza como forma de relación social. Según el autor:

*“La victimización constante en manos de los propios progenitores y responsables prepara a los niños y jóvenes para vivir en un entorno de violencia normalizada, el cual se repite y se perpetúa con la incorporación de los muchachos a las maras” (Cruz , 2005: 1173).*

Pero además, el vínculo entre lo comunitario y lo familiar está revestido de fuertes contrastes acerca de la posición de las/os mareros dentro de la comunidad. Por un lado son vendedores de pequeñas cantidades de drogas (actividad denominada “narcomenudeo”), atemorizan a los residentes locales, suscitan peleas e intervenciones policiales a lo interno de las comunidades. Por otro son “hijos de...”, “nietos de...”, “amigos de...” es decir, tienen un vínculo afectivo que se entremezcla de forma contrastante con sus actividades ilícitas. El estudio de DEMOSCOPIA S.A. lo enuncia de la siguiente forma:

*“El marero o pandillero es un sujeto cuya presencia y cuyas actividades pueden generar un impacto negativo en la vida de la comunidad, pero al mismo tiempo sigue siendo un miembro de esta comunidad con el que se establecen relaciones interpersonales... La respuesta emotiva [a las preguntas de la encuesta], generalmente, es una mezcla de temor y compasión” (DEMOSCOPIA S.A., 2007: 80).*

El estudio además, aporta el dato de que buena parte de los vecinos consultados declaran ser amigos de personas pertenecientes a maras, así como la mayoría de mareros/as vive todavía con su familia. El vínculo afectivo, que rodea estas relaciones hace que el arraigo de las pandillas en las comunidades sea un dato fundamental para cualquier acercamiento (científico o de promoción social) a estas poblaciones.

## Lo corporal: simbolizado, violentado y negado (anotaciones preliminares)

Es en este contexto nacional y comunitario, en el que se da la emergencia de la Mara Salvatrucha, el Barrio 18 St y otras pandillas presentes en la sociedad salvadoreña. Como se ha descrito páginas atrás, las pandillas transnacionales, tienen a su base una serie de formaciones juveniles más pequeñas llamadas clicas, que muy probablemente han sido pandillas en otro momento (están identificadas en el diagrama como “Pequeñas pandillas”) y ahora se han integrado a una de estas dos grandes agrupaciones. Trataremos ahora de abordar la emergencia de estos colectivos desde el punto de vista corporal. El cuerpo humano es tal vez el ámbito más micro donde se manifiestan estos grupos y tiene diversas expresiones que dimensionan el fenómeno de las pandillas. Este tema es tal vez el menos abordado en los estudios sobre pandillas salvadoreñas, a los que haré referencia, conjuntados con algunas notas preliminares que han surgido en diferentes observaciones y trabajos de campo que he venido realizando en El Salvador.

El carácter primario del análisis de datos de campo y limitado espacio con que se cuento para exponer estas temáticas les da el carácter de “notas preliminares”, que desarrollaré con más profundidad en avances posteriores de esta investigación. Abordaré tres elementos que tienen que ver con el tratamiento del cuerpo humano y las posibilidades de significación para las pandillas: los tatuajes como signos de identificación transnacional; un ritual de paso denominado “el brinco” que marca el ingreso a las pandillas; y el problema del asesinato (anulación de la otredad corporal) que viven las personas jóvenes de la sociedad salvadoreña.

### 3.3.a Tatuajes: identidad transnacional

Los signos que identifican las maras, tienen una conexión directa con la estética que se desarrolló en Los Ángeles durante el siglo XX. Esta fue diseñándose a la luz de un proceso histórico en el cual conviven de forma conflictiva, los símbolos que representan “lo estadounidense”, “lo mexicano” y “lo fronterizo”, esto último como un resultado más allá de a la suma de los dos factores anteriores. Por ejemplo la Virgen de Guadalupe, representada en un graffiti o en tatuaje asume características de reivindicación estética para las poblaciones mexicanas que viven vidas subordinadas por las lógicas de la migración internacional (Cf. Zúñiga, en prensa). Valenzuela (2002: 26) habla de un fenómeno estético expansivo denominado *chολismo* que tiene su origen en la frontera entre México y Estados Unidos y que se extiende a nivel simbólico (lenguajes, graffiti, tatuaje) hacia el Distrito Federal y Centroamérica a través de “las maras”. Estos signos se utilizan para simbolizar dos tipos de territorios, el de las comunidades a través del graffiti (Zúñiga, en prensa) y el territorio corporal con los tatuajes.

Es conocido el hecho de que las personas que militan en pandillas simbolizan su cuerpo con signos que les identifican. Un psicólogo social que ha trabajado sobre el tema afirma que:

*“El tatuaje es una forma de autonomía de la anatomía y, en el sentido psicosocial, una representación externa del yo. En el caso de los tatuajes que usan los pertenecientes a maras es interesante notar que si bien el elemento de individualización está presente, algunas de sus características son idénticas, ya que una de sus funciones importantes es publicar la pertenencia al grupo. [...] En contraposición a la sociedad excluyente que, además, es una sociedad de consumo y de lo descartable, el tatuaje de los mareros imprime una marca duradera y una señal no descartable, al ser una inscripción corporal.” (Gaborit, 2005: 1149)*

El cuerpo de los mareros se adorna con tatuajes, que en algún momento tuvieron un carácter de exhibición preponderante. Durante los inicios de las pandillas Mara Salvatrucha y Barrio 18 St en Centroamérica, tatuarse visiblemente era signo de arrojo, y compromiso con la pandilla. Exhibir la filiación en la cara o los brazos era una forma de reafirmar la posición a lo interno del grupo, simbolizaba identificación y compromiso. Las dos fotos que se presentan a continuación representan esta manera de identificarse con las pandillas, se obtuvieron en un trabajo de campo realizado en un Departamento al Norte de San Salvador en enero de 2007.

Imagen 1



Imagen 2



(Mareros en una clika al norte de San Salvador. Foto: Mario Zúñiga Nuñez)

El marero de la imagen 1 tiene la totalidad de su brazo cubierto por tatuajes, varios de ellos los había hecho él mismo. Se pueden distinguir claramente tres símbolos. Las lápidas en el hombro, que son un recurso muy utilizado en los tatuajes, los murales y los graffiti para rendir homenaje a compañeras/os muertos. En la parte inferior del brazo hay una bola negra de billar con un ocho, que es símbolo distintivo del Barrio 18 St. Se logran percibir además algunas caras y letras que forman parte de este conglomerado de símbolos, que no se adivinan en su totalidad porque abarcan la parte

del brazo que no ha sido fotografiada. A la altura de la boca se puede ver un “8”, que se complementará con un “1” que se dibuja desde la comisura opuesta, hasta el mentón. El marero de la imagen número 2 exhibe su frente, donde se deletrea claramente “Dieciocho”, y abajo una serie de letras y números de significado críptico “213 W5 HVLS” que probablemente aludan a la clika donde está inscrito.

En los dos casos se puede observar la utilización del cuerpo, como forma de exhibir una filiación identitaria, que tiene varias características. La primera de ellas es que tiene carácter de permanencia, debido a la dificultad que existe de remover los tatuajes. Por ello este tipo de signos revelan una filiación estrecha e innegable con la pandilla. El cuerpo se torna escenario de una identidad que marca de forma indeleble frente a la sociedad evanescente –como señalara Gaborit-, pero al mismo tiempo, es una marca de la que no se puede escapar. No hay que olvidar que en el mundo de las pandillas este tipo de identificaciones son también causa de afrenta y asesinato. El deber de cualquier pandillero es eliminar al contrario allí donde lo encuentre, por lo que signos con este nivel de visibilización son afrentas directas y cotidianas para los contrarios. Mientras los miembros de las maras estén en sus casas o en sus clicas esta afrenta no se pone en práctica, pero las/os mareros también compran frijoles y maíz; también resuelven problemas con el gas, la luz y el teléfono; también pagan recibos; es decir, tienen una vida ciudadana en la cual frecuentan sitios públicos como oficinas gubernamentales, paradas de buses, etc. Lugares donde indefectiblemente ocurren encuentros entre estas dos agrupaciones, que dejan consecuencias no solo a las maras sino a los transeúntes que frecuentan estos sitios.

Los tatuajes son una manifestación doble de *violencia simbólica*, que inscribe en el cuerpo con la posibilidad expresa de convertirse en agresión, en el momento en que surja el contrincante. Es un postulado de violencia simbólica que dice: “mi pandilla prima sobre la tuya” y se justifica por la agresión que se desencadena. En este sentido es *violencia simbólica no normalizada*, en constante desafío del contrincante.

Pero este proceso de identificación corporal, también se ha transformado con el tiempo. Mientras que en un inicio el predominio de tatuajes expuestos fueron un elemento primordial de identificación de las pandillas, con el tiempo, esto ha cambiado en buena medida por el ambiente de penalización de las manifestaciones estéticas que trajo la puesta en práctica de las leyes antimaras, que se centraron en el rastreo y captura de los pandilleros utilizando los graffiti o tatuajes como punto de referencia (Cf. Salazar, 2007).

El impacto de esta penalización fue evidente en las visitas de campo que realicé en 2007 y 2008. Mientras que durante 2007 encontré gran cantidad de murales y graffiti, para 2008 los murales habían sido borrados por los mismos mareros que aducían que la policía entraba constantemente a la clika con la excusa de los símbolos pintados en las paredes. En las comunidades visitadas los graffiti se habían pintado por completo y los tatuajes se escondían al máximo con camisetas de manga larga.

### 3.3.b El ritual de “el brinco”: escenario de la violencia generalizada

Se le denomina “el brinco” al rito de pasaje por medio del cual las/os miembros de las maras adquieren su membresía grupal. Como rito, constituye un importante

lugar de lectura de la cultura de estos colectivos, sobre todo en lo que tiene que ver con la corporalidad.

“El brinco” tiene enormes similitudes entre una pandilla y la otra. Como todo rito consta de varios pasos, primero se convoca al neófito a un lugar determinado (una cancha, el pasillo de una colonia, etc) donde se han dado cita varios miembros de la pandilla. Luego estos miembros le proporcionan una dura paliza que dura cierta cantidad de tiempo (para la Mara Salvatrucha 13 segundos, para la Barrio 18st, 18 segundos). Posterior a la paliza el nuevo marero se incorpora y es felicitado por sus compañeros de pandilla. En ese momento se rebautiza al nuevo miembro con el nombre que lo caracterizará dentro de la organización. Cruz (2005: 1176) señala que en algunos casos, estas iniciaciones implican la realización de actos criminales que demuestran la disposición de la persona de pertenecer a la pandilla. Sentimientos como “la valentía” o “el coraje” son muy apreciados por estos colectivos y la resistencia a la paliza es vista como una forma de desarrollar estos sentimientos en los miembros más jóvenes.

En este caso, el cuerpo de los pandilleros es escenario de la violencia como norma de relaciones sociales. Una declaración de un marero recogida en la investigación de Cruz y Santacruz (2001: 76) contiene la siguiente afirmación acerca de “el brinco”: “Uno le da un pequeño calentón [al nuevo miembro] para que sepa lo que va y sepa lo que tiene que hacer ... porque si uno les da duro es para que la cólera que agarre se la desquite con los otros”. Es interesante, porque en las palabras de este marero, los golpes propinados por los propios compañeros, son una muestra “cariñosa” de un mundo que se manifiesta con estas mismas formas de violencia.

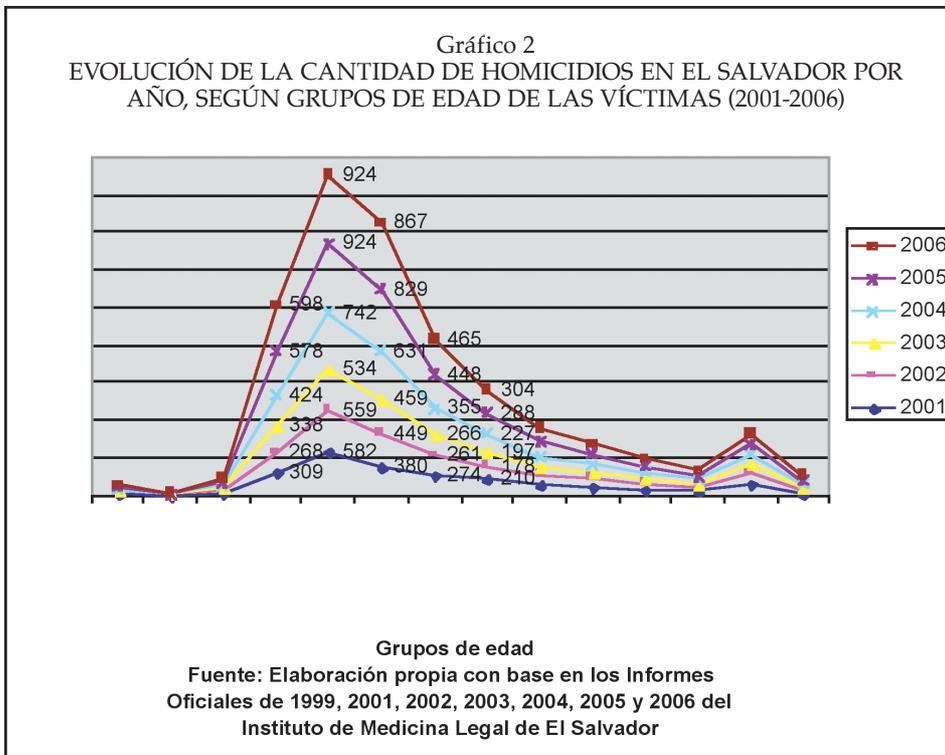
### 3.3.c El asesinato como crisis generacional

La cultura de las pandillas se asienta en la negación de dos otredades, una inmediata (la pandilla contraria) y otra estructural (la policía)<sup>16</sup>. Al respecto de la policía, la pandilla vive una relación conflictiva pero que se narra como inevitable: la policía es una especie de mal permanente, un contrincante mucho mayor que ellos en tamaño y capacidad operativa, por ello un contrincante insuperable. Por el contrario, la pandilla contraria es un contrincante que se puede medir “de tu a tu”, esta equiparación de fuerzas lleva a las pandillas a una dinámica de anulación constante, no solo en la corporalidad del contrincante (el asesinato mediante la agresión), sino en las palabras que le representan: dentro de las pandillas se prohíbe la mención de la pandilla contraria (violencia simbólica). No solo se les asesina corporalmente, también se lo hace en las palabras. Por ello en las entrevistas, la mención de la pandilla contraria se hace sin enunciar su nombre, se les dice “la otra pandilla” o se utilizan sus símbolos para degradarlos (p.e. cuando los miembros del Barrio 18 st quieren mencionar a la Mara Salvatrucha, toman sus iniciales y las convierten en otras palabras, les dicen los “Mierda Seca”).

La negación del otro tiene una dinámica social muy clara: el asesinato del contrincante. Mucha de la cultura de las pandillas se centra en el asesinato como única mediación con el contrincante. Pero esta forma de relacionarse entre pandilleros es solo una manifestación de una verdadera crisis generacional, de mayor alcance, que

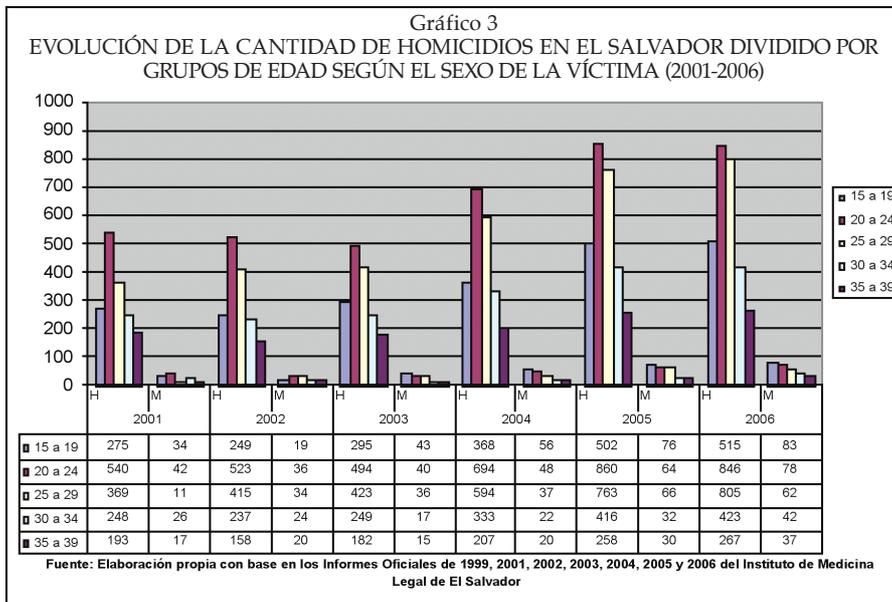
atravesian las personas jóvenes de El Salvador. Los datos al respecto son elocuentes, mientras que la tasa mundial de asesinatos por cada 100 000 habitantes es de 8,8; en 2004 la de El Salvador se elevaba a 41, 2, llegando a ser el segundo país con la tasa de homicidios más alta en Centroamérica (superado únicamente por Honduras que tenía una tasa de 45,9) (Gaborit, 2005: 1146). Pero cuando observamos este dato enfocado exclusivamente a la población joven la cifra aumenta de forma alarmante.

Los datos acerca de la evolución de la cantidad de homicidios en el país entre 2001 y 2006 son reveladores. Según se muestra en el gráfico No 2 la cantidad de homicidios ha crecido entre todos los grupos de edad. Sin embargo, hay dos grupos que reportan un crecimiento importante: mientras que para 2001 la cantidad de personas asesinadas entre 20 y 24 años era de 582, esta cifra ha crecido de forma sostenida durante cinco años hasta llegar a los 924 en 2006 (ha crecido casi un tercio). Por otro lado las personas asesinadas entre 15 y 19 años se han duplicado pasando de 309 en 2001 a 598 en 2006.



En un estudio publicado en 2005 Santacruz (2005; 1089) analizaba la tasa de asesinatos por 100 000 habitantes para poblaciones jóvenes y determinó que esta se elevaba a 90 de cada 100 000 tomando en cuenta la edad entre los 15 y los 24 años, pero que si se concentraba en el grupo de 20 a 24 años la tasa alcanzaba 114 homicidios por cada 100 000. Estos números muestran que los asesinatos entre personas jóvenes duplican la tasa nacional y superan en más de diez veces la tasa mundial de homicidios.

Visto en términos de género (ver gráfico No 3), las estadísticas indican que. Mientras que en el grupo de 15 a 19 años las víctimas de asesinato eran en 2001, 275 hombres y 34 mujeres; esta cifra experimenta un crecimiento sostenido en los dos sexos, llegando a 515 hombres (casi el doble) y 83 mujeres (casi el triple) en 2006. Para el grupo entre 20 y 24 años los números aumentan en 540 hombres y 42 mujeres en 2001, llegando a 846 hombres y 78 mujeres en 2006.



Dos datos quedan a la vista después observar este cuadro. A pesar de la población en la que se cometen los asesinatos es mayoritariamente la de 20 a 24 años, el aumento más acelerado de la cantidad de asesinatos se encuentra entre las personas de 15 a 19 años. Pero además, que la dinámica del asesinato en el Salvador tiene dos rostros muy claros: es joven y es masculina. Se manifiesta entonces como una crisis generacional, pero también como una crisis de género.

Los dos elementos son parte de la cultura de las maras pero no son privativos de ellas, es decir, la realidad corporal del asesinato nos acerca a una forma de relacionamiento social que cruza al país en general. Sería analíticamente inadecuado atribuir esta gran cantidad de asesinatos a las maras, por el contrario, parecería fructífero ver el fenómeno de las maras en un contexto nacional donde el vínculo social está degenerando en asesinato. Lo que manifiestan las maras son síntomas de las relaciones sociales de El Salvador.

#### 4. Conclusiones

La premisa de que el fenómeno de las maras tiene necesariamente imbricaciones en todo el colectivo social, puede revelar una gran cantidad de relaciones

sociales de inmensa complejidad, que dan forma y delimitan el espacio social de estos colectivos.

Los tres niveles analizados: “lo nacional”, “lo comunitario-familiar” y “el cuerpo” de los mareros, revelan conexiones íntimas entre las violencias existentes en ámbitos de relación macro y micro. Lo esencial para este artículo ha sido reconocer esas conexiones para observar las maras como problema de investigación. Yendo de lo nacional a lo corporal, se puede ver un proceso que va de la *institucionalización expulsiva* a nivel macro a la *naturalización de las violencias (simbólicas y estructurales)* en las vidas cotidianas de las comunidades y de los mareros. Haciendo una relación mucho más arriesgada se podría especular sobre el vínculo entre la *institucionalización* a nivel nacional y la búsqueda de lenguajes de identificación transnacionales, que reintroducen a los sujetos en la existencia simbólica del mundo.

La pregunta que surge es ¿será lo corporal un escenario de las relaciones expulsivas que se gestan en lo nacional y comunitario-familiar, o más bien, será una forma de entrar a ese mundo desde la primera plana de los diarios? ¿vivirán estos colectivos echando mano de estas dos tendencias contradictorias? Investigaciones como la de Fernández (1998) han demostrado que los colectivos juveniles proclives a la violencia (la autora estudió específicamente los jóvenes skinhead españoles) en efecto sufren las problemáticas de monstrificación que imponen los medios, pero también las utilizan en su favor. La autora resalta que verse representado en los medios de forma monstruosa refuerza las conductas agresivas de los colectivos dándoles un lugar en el mundo simbólico. Basado en esto se podría proponer la idea de que las dinámicas de *institucionalización* colaboran no solo en la gestación sino en la reproducción misma de estos colectivos, reforzando incluso muchas de las actitudes.

Pensar las maras a contrapelo de la imagen de *monstruosa* que aparece en los medios, implica relacionar a la totalidad del colectivo con las acciones de estos grupos. Dicho de otra forma, las maras existen en un tipo de sociedad que promueve, entre otros, este tipo de vínculos: el asesinato como relación con el otro, la migración y el desarraigo de la tierra, la *institucionalización expulsiva* a nivel escolar y el trabajo precario. Por ello la solución al problema de las maras no es una tarea aislada de un pequeño grupo de policías u organismos de represión, sino de un amplio diálogo social que de respuestas al problema generacional que viven las personas de El Salvador.

## Notas

1. La historia de esta novela se desarrolla cuando un avión en el que viajaban un grupo de niños y adolescentes se estrella en una isla desierta en medio del océano Pacífico, el grupo de niños sobrevive, no así su piloto (único adulto). Ante esta desaparición de los patrones de formación adulta los niños no inventan otra socialización, sino que reproducen las pautas de organización patriarcal más rígida, con resultados nefastos para el grupo.
2. Comparado con otros países que sufren el fenómeno de las maras en igual intensidad como Honduras (0,587 para 2003) o menor como Nicaragua (0,579 para 2001), El Salvador tiene un grado de desigualdad menor en los dos casos (CEPAL, 2006: 79). Lo que quiere decir que la

problemática de la desigualdad, por si misma, no es un factor contundente para explicar la problemática de las maras.

3. He trabajado este concepto de la siguiente forma: “... una institución no es una cosa, sino un proceso contingente de relaciones sociales. Pero es una relación social que en la vida cotidiana aparece de forma natural, o sea, no social. Las instituciones se presentan ante los seres humanos como leyes absolutas de regulación de la vida, y generan procesos que invisibilizan a los seres humanos que les dieron origen y les dan sentido. A esto es lo que refiere Hinkelammert (1981) cuando habla de la idea de las instituciones como “fetiches”. Por ello es que el punto de partida es que la institución se presenta ante el ser humano de forma fetichizada, invirtiendo la realidad de tal suerte que son las instituciones las que hablan, legislan o negocian; mientras los seres humanos observamos y obedecemos. Un análisis crítico de este proceso debe invertir esta relación y poner de manifiesto que la institucionalidad social es creación del ser humano (un proceso de *institucionalización*), y su fetichización, una proyección de las relaciones humanas” (Zúñiga, inédito).
4. La idea de un proceso de institucionalización que se manifiesta como expulsión para algunas poblaciones, se corresponde con la categoría de *violencia institucional* que expone Martín-Baró (1990: 376): “Si se puede hablar con propiedad de una “violencia institucionalizada” en América Latina es porque existe un tipo de violencia contra la población mayoritaria que está incorporada en el ordenamiento social, que es mantenida por las instituciones sociales y que se encuentra justificada y aún legalizada por el ordenamiento normativo de los regímenes imperantes”.
5. Este es un dato fácil de comprobar cuando miramos las estadísticas oficiales. El porcentaje de la población ocupada en el sector de la agricultura ha disminuido su participación en la economía de forma sostenida de un 25,6% en 1995 a un 18,4% en 2005, la misma tendencia reporta la industria que ha disminuido de 26,7% a 23,9%. Contrario a ello, los servicios aumentan de forma vertiginosa la población ocupada pasando de 47,7% en 1995 a 57,7% en 2005 (CEPAL, 2006: 42). Para una ampliación de estas dinámicas a nivel centroamericano se puede confrontar Perez Sainz (2005).
6. Este dato se da especialmente con hombres, dado que son ellos quienes integran mayoritariamente las maras.
7. Para contrastar características muy similares en otros países se pueden consultar los estudios de Leu (2004) en el caso de Brasil y Fernández (1998a) en España.
8. Esta la podemos entender como el acto más visible de la violencia, si se quiere el más “espectacular”. En una definición que comparten las diferentes escuelas de psicología social, el agresor podrían entenderse como “... un agente intencional –lo que implica capacidad para dar cuenta de sus actos- que realiza una acción con consecuencias dañinas de algún tipo sobre un agente que, en principio, tendería a evitar tal conducta.” (Fernández, 1998a: 38) El concepto de agresión se diferencia del de violencia, porque este último da cuenta de un fenómeno mucho más complejo y menos evidente en sus expresiones institucionales (Cf Martín-Baró, 1990)
9. Bourgois (2005: 17) llama a esto “pornografía de la violencia”.
10. Para Hinkelammert (2003: 245) el principio que guía estos ejercicios de proyección monstruosa es uno que se genera a lo interno de las instituciones y dicta: “para luchar contra el monstruo hay que hacerse monstruo también”.

11. Dividida en términos de género esta exclusión se constituye así: "... al menos dos de cada cinco adolescentes (41,2 por ciento) de sexo masculino, de entre los 16 y los 18 años y por lo menos cuatro de cada diez muchachas (44,1 por ciento), en este mismo rango –edades en las que deberían haber finalizado la secundaria-, se encuentran fuera del sistema educativo" (Santacruz, 2005:1084).
12. Es importante anotar que estas razones no son exclusivamente de personas jóvenes, la muestra toma en cuenta las opiniones desde niños de 4 años hasta adultos jóvenes de 28 años de edad.
13. "Cuando se pregunta a los vecinos de las zonas con maras o pandillas si han visto que la policía actúe contra las maras y las pandillas en sus barrios cuando delinquen, cerca de la mitad de los encuestados señala que no..." (DEMOSCOPIA S.A, 2007: 88-89).
14. Las palabras "comunidad" y la expresión "no era privado" son resaltados del original, el resto de expresiones las he resaltado yo.
15. La teoría del "capital social" aplicada por el volumen II de la serie "Maras y Pandillas en CA"(ERIC, IDESO- UCA , IDIES- URL, IUDOP- UCA, 2004) utiliza la categoría "perverso" para referirse a este tipo de interacción social. En lo personal tomo distancia de esta categoría en la medida que la calificación del capital social como "perverso", tiene su raíz en la visión que le imprime Francis Fukuyama, autor que ha sido consultado y suscrito por quienes elaboraron el estudio de "Pandillas y Capital Social". Fukuyama (2002), sabemos, moraliza la visión del capital social y le da una connotación eminentemente conservadora que puede consultar en sus textos. Por mi parte esta investigación no suscribirá esta perspectiva.
16. Otros trabajos con culturas juveniles costarricenses (Zúñiga, 2006; Rodríguez, 2006) detectan un tipo de configuración de la otredad parecida en otros colectivos: los rokeros y las barras de fútbol.

## Bibliografía

- Andrade, Xavier. *Jóvenes en Guayaquil: de las ciudades fortaleza a la limpieza del espacio público*. En: Revista Nueva Sociedad. (200) pp. 85-95 (nov-dic, 2005).
- Bourdieu, Pierre. (2002). **La dominación masculina**. Barcelona, España: Anagrama.
- Bourgois, Phillip. (2005) Más allá de la pornografía de la violencia. Lecciones desde El Salvador. En: F. Ferrándiz y C. Feixa (eds). **Jóvenes sin tregua. Culturas y políticas de la violencia** (pp. 11-34). Barcelona, España: Anthropos.
- Carranza (2004) Políticas juveniles y rehabilitación de mareros en El Salvador. En: ERIC, IDESO- UCA , IDIES- URL, IUDOP- UCA (Vol III), **Maras y Pandillas en Centroamérica: Políticas juveniles y rehabilitación**.
- Carranza, Marlon (2005) *Inserción de las y los jóvenes en el mercado laboral salvadoreño*. Revista ECA, Nov- Dic. Año LX.

- Comisión Económica para América Latina (CEPAL) (2006). **Anuario estadístico de América Latina y el Caribe**. Santiago, Naciones Unidas.
- Cruz, Jose Miguel (2005). *Los factores asociados a las pandillas juveniles en Centroamérica*. Revista Eca. Nov-Dic. 685-686.
- Cruz, Jose Miguel (2004). Pandillas y capital social en Centroamérica. En: ERIC, IDESO- UCA, IDIES- URL, IUDOP- UCA (2004) (Vol II), **Maras y Pandillas en Centroamérica: Pandillas y capital social**. El Salvador: UCA Editores.
- Cruz, Jose Miguel; Carranza, Marlon y Santacruz, María. El Salvador: Espacios públicos, confianza interpersonal y pandillas. En: ERIC, IDESO- UCA , IDIES- URL, IUDOP- UCA (2004) (Vol II), **Maras y Pandillas en Centroamérica: Pandillas y capital social**. El Salvador: UCA Editores.
- Cruz, Jose Miguel y Giralt, María Santacruz (2001). Las Maras en El Salvador. En: ERIC, IDESO- UCA , IDIES- URL, IUDOP- UCA (Vol I), **Maras y Pandillas en Centroamérica** (1ª ed., pp 15-108) Managua: UCA Publicaciones.
- Cruz, Jose Miguel y Portillo (1998). **La solidaridad violenta de las pandillas. Más allá de la vida loca**. San Salvador: UCA Editores.
- Demoscomía S.A (2007). **Maras y Pandillas, comunidad y policía en Centroamérica. Hallazgos de un estudio integral**. ASDI, BCIE
- ERIC, IDESO- UCA , IDIES- URL, IUDOP- UCA (2004) (Vol II), **Maras y Pandillas en Centroamérica: Pandillas y capital social**. El Salvador: UCA Editores.
- Falla, Ricardo. (2001). Prologo. En: ERIC, IDESO- UCA , IDIES- URL, IUDOP- UCA (Vol I), **Maras y Pandillas en Centroamérica** (1ª ed., pp. 1-5) Managua: UCA Publicaciones.
- Fallas, Carlos Luis. (1995). **Marcos Ramírez**. San José, Costa Rica: Editorial Costa Rica.
- Fernández, Concepción. (1998a) Contextos de violencia en jóvenes urbanos de la España actual. En: C. Fernández (Ed), **Jóvenes Violentos. Causas psicosociológicas de la violencia en grupo** (pp. 17-34) . Barcelona, España: Icaria.
- Fernández, Concepción. (1998b). Violencia y agresión, una perspectiva psicosocial. En: C. Fernández (Ed), **Jóvenes Violentos. Causas psicosociológicas de la violencia en grupo** (pp.35-58 ). Barcelona, España: Icaria.

- Fukuyama, Francis (2002) "Capital social y desarrollo: la agenda venidera". En CEPAL, **Capital social y reducción de la pobreza en América Latina y el Caribe**. Santiago, CEPAL.
- Gaborit, Mauricio (2005). *Los círculos de la violencia: sociedad excluyente y pandillas*. Revista ECA, Nov- Dic. Año LX.
- Goldwing, William. (1983). **El Señor de las moscas**. Madrid, España: Alianza Editorial.
- Hall et al. Subcultures, cultures and class: a theoretical overview. En: Hall, Stuart y Jefferson, Tony. (2000). **Resistance through rituals. Youth subcultures in post-war Britain**. Nueva Cork, US: Routledge.
- Hinkelammert Franz (1981) **Las armas ideológicas de la muerte**. Costa Rica, DEI.
- Hinkelammert, Franz J (2003). **El asalto al poder mundial y la violencia sagrada del imperio**. DEI , Cosa Rica.
- Hinkelammert, Franz (2007). **Crítica de la razón mítica**. Documento sin publicar.
- Leu, Lorraine. *The Press and the Spectacle of Violence in Contemporary Rio de Janeiro*. En: Journal of Latin American Cultural Studies, 13 (3), pp 343-355. (2004)
- Martín-Baró, Ignacio. (1990). **Acción e Ideología. Psicología Social desde Centroamérica**. San Salvador, El Salvador: UCA Editores.
- Marroquín, Amparo (2007). *Indiferencias y espantos. Relatos de jóvenes y pandillas en la prensa escrita de Guatemala, El Salvador Y Honduras*. Centro de Competencia en Comunicación para América Latina, www.c3fes.net.
- Perez Sainz, Juan Pablo *Algunas hipótesis sobre desigualdad social y mercado de trabajo: Reflexiones desde Centroamérica*. En: Francisco Rojas Aravena. **Gobernabilidad en América Latina. Balance Reciente y Tendencias a Futuro**. 2005 (Versión CD)
- Portes, Alejandro y Hoffman, Kelly. *Latin American Class Structures: Their Composition and Change during the Neoliberal Era*. En: Latin American Research Review, 38(1), 42-82 (2003).
- Ramos, Carlos Guillermo. (1998). Transición, jóvenes y violencia. En: Ramos, Carlos Guillermo (ed-coomp). **América Central en los noventa: Problemas de juventud** (pp. 189- 230 ). San Salvador: FLACSO- Programa El Salvador.

- Reguillo, Rossana. *La mara: contingencia y filiación con el exceso*. Revista Nueva Sociedad, (200) pp. 70-85 (nov-dic, 2005).
- Reguillo, Rossana. *Violencias expandidas. Jóvenes y discurso social*. Revista de Estudios sobre Juventud, 3 (8), pp. 10-23 (ene- jun 1999).
- Rodgers, Dennis. (2003) Youth Gangs in Colombia and Nicaragua- New forms of violence, new theoretical directions? En: Rudqvist, Anders (ed). **Breeding Inequality-Reaping Violence. Exploring Linkages and Causality in Colombia and Beyond** (pp. 111-133). Suecia: Collegium for Development Studies.
- Rodríguez Aguilar, Onésimo Gerardo (2006) **Entre cánticos y graderías: La construcción de un colectivo juvenil del ámbito futbolístico en Costa Rica. El caso de la Ultra Morada**. Tesis de Maestría en Antropología Social. Universidad de Costa Rica.
- Salazar, Alonso. (1998). Violencias juveniles: ¿contraculturas o hegemonía de la cultura emergente? En: M. Margulis y C. M. Laverde(eds). **"Viviendo a toda": Jóvenes territorios culturales y nuevas sensibilidades** (pp.110-128). Santa fe de Bogotá, Colombia: Siglo del Hombre Editores.
- Salazar, Alonso (2002). **No nacimos pa'semilla. La Cultura de las bandas juveniles de Medellín**. Bogotá, Colombia: Editorial Planeta.
- Salazar Araya, Sergio (2007). *Políticas de combate a las pandillas en Centroamérica: ¿Hacia un un paradigma regional?* Ponencia presentada en la Red de Regionalismo, Desarrollo Social y Fronteras (REDESFRO). Julio-Agosto.
- Santacruz Giralt, María (2005). *Creciendo en El Salvador: una mirada a la situación de la adolescencia y la juventud en el país*. Revista ECA, Nov- Dic.
- Savenije, Wim (2006). *Las pandillas transnacionales Mara Salvatrucha y Barrio 18st.: Una tensa combinación de exclusión social, delincuencia y respuestas represivas*. En T. Lesser, et al (eds) *Intra caribbean Migration and the Conflict nexos* (pp. 205 228) Ottawa: University of the West Indies and OIM
- Savenije Wim (2004). *La Mara Salvatrucha y el Barrio 18 St. Fenómenos sociales trasnacionales, respuestas represivas nacionales*. Foreign Affairs En Español, Abril-Junio.
- Savenije, Wim y Andrade- Eekhoff, Katharine (2003) **Conviviendo en la orilla. Violencia y exclusión social en el Área Metropolitana de San Salvador**. FLACSO- Programa El Salvador. (pp 65-193)

- Smutt, Marcela y Miranda, Lissete. (1998) El Salvador: socialización y violencia juvenil. En: Ramos, Carlos Guillermo (ed-comp). **América Central en los noventa: Problemas de juventud** (pp.151-188). San Salvador: FLACSO- Programa El Salvador.
- Valenzuela Arce, José Manuel (2002). "De los pachucos a los cholos. Movimientos juveniles en la frontera México- Estados Unidos". En: Feixa, Carles; Molina, Fidel y Alsinet, Carles (edit). **Movimientos Juveniles en América Latina. Pachucos, alandros, punketas**. España: Ariel Social.
- Wacquant, Loïc (2006). **Las cárceles de la miseria**. Buenos Aires: Ediciones Manantial.
- Whyte, William. (1971)[1943]. **La sociedad de las esquinas**. México: Centro Regional de Ayuda Técnica, Agencia para el Desarrollo Internacional (Programa de Alianza para el Progreso) y Editorial Diana.
- Zúñiga Nuñez, Mario (en prensa) **Contracultura juvenil y problemática social: las representaciones visuales al rededor de "las maras" salvadoreñas**. Revista Intercambio. CIICLA.
- Zúñiga Núñez, Mario (inédito). **Pintando vacas de colores: Juventud como práctica en América Latina**.
- Zúñiga Núñez, Mario (2006) **Cartografía de otros mundos posibles: el rock y reggae costarricense según sus metáforas**. Heredia, Costa Rica. Editorial de la Universidad Nacional.